tica, nada honrada, muy lejos de ser civilizadora, del llamado liberalismo, de la democracia sin Dios. Aquí la primera faz del enemigo. Y ese mismo liberalismo, caries de los pueblos más aventajados que sueña con arterías, que maquina nuevos planes y reformas nuevas, son, en breves palabras, los execrables simulacros de nuestra desgracia y de nuestra ruina. Tratar de probar este aserto, sería encarcelarse en un redondel sin salida, una vez que en la razón ilustrada de nuestros compatriotas juiciosos, no menos que en la imparcialidad de algunos liberales que lo son por no verse un día privados del pan y de cierta encumbrada posición social, es cuestión separada de la controversia, que, el *liberalismo* hermanado con el *protestantismo* ha minado con sus principios esencialmente disolventes las sólidas bases sobre que debe asentarse todo pueblo que quiera ser próspero y que ande el camino de la felicidad temporal que aquí es asequible.

Nuestra patria subyugada por la mano muerta de la revolución anduvo errante por mil senderos de donde ni los abrojos, ni los duros pedregales pudieron sacarla. En su cuna la meció una madre cariñosa; en la niñez y en la infancia la tuvo siempre á su lado como seguro y fortísimo baluarte al cual podía asirse. Esa madre es bien conocida aun de aquellos que en tan honrosa filiación ven una mengua: la augusta Religión bautizada en el pesebre humilde de Belén y confirmada con el cruento sacrificio del Calvario. Ya en manos de los enemigos de la Iglesia, la Religión y la política tenían que sufrir males sin cuento inevitables por los que, siendo verdaderos patriotas no podían sin embargo liberarla de aquella situación. Los destinos de un pueblo sujetos como están á la recta ó mala administración de sus gobernantes, jamás pueden cambiar de ruta á la sola influencia de particulares cuya autoridad no se extiende más allá de lo que la razón admite. De aquí provienen esas disenciones entre súbditos y gobernantes que no tienen más explicación que la no igualdad en la fuerza y en el círculo de acción. Es una cosa patente que desde el instante en que fué suplantada la Religión cristiana por nuestra moderna *libertad de cultos*, que no es otra cosa que un mito invocado sin cesar para paliar los ataques inauditos que se le hacen, se dividió la nación. Desde entonces data esa tradicional lucha entre mexicanos que, á ser un poco más franca, nos hubiera aportado ya ventajas de consideración.

Fortuna nuestra es que, entre los primeros, es decir, entre los que no han perdido de vista la Religión que heredamos de nuestros padres; entre los que aman con acendrado afecto la sombra dulcísima que deja tras sí el manto de María, se cuentan soldados valerosos que no abandonan las armas y que, sedientos de una victoria final, nuncio de mejores días para nuestra patria, desafían con leal franqueza, con entereza santa á los enemigos de nuestro legítimo bien. Y entre esos muchos honrados compatriotas que tejen sus nombres con nuestras más ilustres glorias, es dignamente reconocido el Sr. D. José Joaquin Terrazas, cuyo encomio no somos nosotros quienes podemos hacerlo porque á ello no alcanzan nuestras fuerzas. El Sr. Terrazas es incansable en sus labores de propaganda, y tan patriota como cristiano sueña con la purísima Virgen de Guadalupe, cuyo trono quisiera ver rodeado aun de aquellos que hoy se precian de insultadores del nombre cristiano y renuncian al honor de llamarse hijos de María. No sería muy fácil enumerar las obras que el defensor de la Virgen del Tepeyac ha escrito y emprendido para propagar tan honroso culto, y hoy se nos presenta con la iniciativa de escribir pequeños opúsculos de veinticuatro páginas apenas, que pueden adquirirse por el precio de seis centavos el ejemplar, y esto no para lucro en su tarea, sino para costear la impresión de "hojas volantes" todas destinadas al mayor culto y ensanche de la devoción de la Augusta Madre de los mexicanos.

Estos trabajos tan necesarios ahora, no lo serían si nuestras instituciones ofrecieran siquiera la garantía de perfecta libertad de cultos, que hoy se escarnece con baldón de los mismos que en teoría la aclaman y la pregonan. Mas desgraciadamente no es así. Habla la constitución y enmudecen los liberales: á la hora de aplicar la ley y cuando esta calla, entonces aquellos lucen todo su antipatriotismo. Por eso es que llamaríamos justa la sorpresa de los que fijando su mirada en nuestras instituciones y tornándola luego á la vida actual de nuestro país, observasen el contraste y el absurdo que á primera isvta se descubre.

ASTOLFO.

INFLUENCIA RELIGIOSA Y MORAL DE LAS PEREGRINAGIONES CRISTIANAS.

(DEL OPÚSCULO YA CITADO.)

Cuando nos proponemos tratar de la materia enunciada, damos por supuesta esa santa práctica, llevada á cabo con espíritu verdaderamente cristiano. Cuál sea éste, lo hemos dicho ya, y lo repetimos: no es el hecho material de la peregrinación; no es la presencia en un lugar dado, por más santo que se le suponga, lo que hace lucrar el mérito de la buena obra; sino el espíritu recto, la intención religiosa y la ejecución honesta que acompaña a la misma obra.

Que la peregrinación hecha con tales disposiciones tiene una eficacia moralizadora y santificante, es indudable. El que comienza por prepararse debidamente para emprender la buena obra, que luego ejecuta ordenadamente, ya tiene aprovechado ese tiempo en el sentido del bien, y le será abonado en el libro de la vida. Esta misma preparación piadosa le predispone para recibir en el lugar bendito aquellas santas impresiones que sólo se reciben en la presencia de Dios, y en el acto de ese comercio íntimo entre el alma necesitada y su Creador infinitamente misericordioso. Las impresiones que se reciben á la vista de un lugar santificado por las manifestaciones prodigiosas de la Omnipotencia y bondad divina; ó á presencia de los restos venerables de un mártir de Cristo; ó ante la imagen de un Bienaventurado, cuya intercesión, implorada en aquel lugar, Dios ha manifestado que le es grata: esas impresiones, decimos, son de aquellas que dejan huellas imborrables en el corazón humano, y que son fecundas en el curso de toda una vida. Y cuando ellas se reciben en medio de ejercicios de mortificación y penitencia, se imprimen tan hondamente como se graban siempre los dolores humanos, para no borrarse jamás. Los estragos del cruel dolor, del amargo pesar, son para el alma como los del torrente lanzado por la tempestad sobre la tierra: el torrente habrá pasado, pero el cauce que con su impulso se abrió, no se cerrará jamás.

La conciencia universal que se tiene de esas verdades prácticas, explica la veneración religiosa que en otro tiempo se tenía á los peregrinos que llevaban sus oraciones, sus lágrimas y su arrepentimiento á lejanas tierras. Se les despedía con respeto y con amor; se llenaban sus alforjas con los doneellos de la piedad; se les recargaba la memoria con encomiendas devotas, y toda mano cristiana se levantaba para bendecir sus primeros pasos. Era que se les consideraba, desde el momento de su partida, como víctimas votadas al altar de la expiación, como humildes portadores de los votos de sus hermanos, como una semejanza de la antigua víctima emisaria, que partía al desierto llevando sobre su cabeza los pecados de todo un pueblo. A su regreso, el peregrino era recibido con devoto alborozo; se le consideraba como persona santificada por las obras de penitencia que debió llevar á cabo en su laboriosa excursión; se oían sus relatos como solemnes escuchar, en el fondo de nuestras almas, esos acentos que, sin saberse de dón de vienen, nos revelan misterios de otro mundo; mundo de prodigios que nos pasman, de recuerdos que nos arrancan lágrimas, de esperanzas que nos hacen suspirar Ese peregrino quedaba consagrado para siempre en el concepto de su pueblo; porque su pueblo consideraba, con razón, que el hombre que ha arrostrado todos los azares de una peregrinación larga y trabajosa, por ir á estrecharse con Dios en los lugares en que más ha ostentado sus glorias, no podía menos de conservar en sí perpetuamente algo de la virtud santificante en cuya busca había ido á lugares terriblemente santos.

Una pluma protestante escribía que "no se entra nunca en las iglesias católicas, sin experimentar una emoción que produce en el alma un bien muy grande, y le da como por una ablución santa, fuerza y pureza." Y si así sentía Mad. Stäel, que acaso nunca visitó un templo católico más que con la curiosidad del viajero, ¿que impresiones recibirá un verdadero peregrino cristiano, que por devoción ó por penitencia recorre más ó menos leguas, arrostra mayores ó menores penalidades por adorar á Dios, no en el templo que al paso se le ofrece, sino en Santuarios como el del Santo Sepulcro en Jerusalén, el de San Pedro en Roma, el de Santiago en Compostela, el de la Santa Casa en Loreto, y el de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac? ¿Qué cristiano fervoroso no habrá sentido en esos Santuarios caer sobre su cabeza esa *ablución santa* que purifica y fortifica, según la expresión de la escritora viajera?

El Cisne del Sena, al describir sus impresiones en el momento en que descubrió el término de su peregrinación, la Santa Salem, exclama: "Aunque viviese mil años, nunca olvidaría aquel desierto que parece que respira aún la grandeza de Jehováh y los terrores de la muerte." (Itinerario.) Otro peregrino contemporáneo, bañadas en llanto sus mejillas, al divisar á Jerusalén, en una especie de piadoso delirio la saluda con estas palabras de San Bernardo: "Yo te saludo, Santa Ciudad, Tabernáculo que el Altísimo santificó para salvar en tí y por tí al linaje humano. Yo te saludo, Ciudad del gran Rey, donde casi sin interrupción, desde el principio del mundo se han obrado milagros sobre milagros. Yo te saludo, Señora de las naciones, reina de las provincias, posesión de los Patriarcas, maestra de la fe, gloria del pueblo cristiano.... Cosas gloriosas se han dicho de tí, Ciudad de Dios." (Mislim.) Otro peregrino de los últimos años, después de hablar de su primera ojeada sobre Jerusalén y su entrada en ella, continúa así: "Instantes después prosternábame enajenado, presa le corazón de angustia acerba, é inefable dicha, ante el Sepulcro de Cristo, ante el Calvario, ante la piedra de la Unción; y reclinaba mi frente cuardecida sobre los fríos mármoles que cubren estas rocas, consagradas por los sacrosantos y augustos misterios de la muerte de Jesús y redención del mundo. No sé lo que sentí en éxtasis tan supremo.... Absorto, alejado de toda terrenal idea, embebecido en celestiales místicos deleites de la eterna mansión, por *su Suplicio* abierta al hombre, oré con fervor insólito; y sellé con mis labios, y regué con mis lágrimas los lugares benditos regados por la Sangre del Dios-Hombre." (Pérez Reoyo.) Un peregrino más, ilustre contemporáneo nuestro, con su alma de católico, su corazón de joven y su pluma de poeta, pintó así sus impresiones al descubrir de lejos á la profética Solima: "Nada es comparable á la emoción de que me sentí agitado en aquel momento. Se me figuraba hallarme delante de una ciudad suspendida en los aires, elevada sobre la superficie del suelo, entre el mundo de los hombres y el de Dios. Eché pié á tierra, y de rodillas, con el semblante vuelto á Jerusalén, palpitante el corazón y la mente inflamada, dije el *Credo*. Nada encontré en mi alma más elocuente que aquella oración para saludar á la Ciudad Santa. Allí, en presencia del lugar que fué teatro de la redención del mundo, murmuraba el símbolo de la fé cristiana, me confesaba creyente con vehemencia, y con la confesión de cuanto Jesucristo enseñó, en el corazón, me disponía á hollar el suelo que El dejó regado con su Sangre. Momento sublime en que experimenté el amor de Dios por Dios, me olvidé de mí mismo, y ardiendo en entusiasmo cristiano, sentí que á mi corazón bajaba un rayo de luz del sol que alumbra la eternidad. Monté de nuevo á caballo y á todo galope me dirigí á Jerusalén, pareciéndome tardaba demasiado el momento en que había de entrar por sus puertas. Mis ojos estaban fijos en la ciudad, mi corazón latía velozmente, y con voces del alma repetía con mi pensamiento este cántico: *Me he alegrado con esto que se me ha dicho: iremos á la Casa del Señor. ¡Oh Jerusalén! nosotros estableceremos nuestras moradas en tus atrios.*" (López Portillo y Rojas.)

Esos mismos sentimientos tan tiernos, esas emociones tan graves y profundas expresadas tan bellamente por los sábios y los poetas, al divisar las murallas de la Ciudad de David, son los mismos que experimenta todo peregrino cristiano que busca á Dios con buena fe é implora con humildad su misericordia en un lugar santo. El labriego español que visita á Compostela; el lazarone napolitano que peregrina á Loreto; el indio mexicano que, transido de hambre y á pie descalzo, llega anheloso al templo del Tepeyac, todos llevan en el pecho un corazón cristiano; y todo corazón cristiano lleva en sí mismo la poesía de la religión con las formas de la naturaleza, reflejando las luces de la fe: poesía que, sin las trabas ni el amaneramiento del arte, es capaz del lirismo con que suspiran y se exhalan las nobles pasiones. Es la poesía del dolor, del pesar, de los infortunios largos, que ocultando su brillo con luctuoso crespon, se hace más interesante por el misterio en que se envuelve: es el canto de Cimodocea en vísperas de su martirio: "¿Por qué cuando quiero cantar como la alondra, lloro como la flauta consagrada á los sepulcros?"

Y bien: si tales deben ser los sentimientos del peregrino cristiano, al alcanzar el objeto santo en cuya persecucion le lanzó su necesidad, su arrepentimiento ó su devoción, nos atrevemos á afirmar que ellos vinculan influencia y ascendiente sobre toda una vida: que ellos depositan en el corazón del fiel un germen de bien que, con el auxilio de la gracia, será de inagotable fecundidad; que ellos abren un manantial perenne cuyas aguas saltarán hasta la vida eterna.

Una pluma cristiana, que nos es muy querida, escribia lo siguiente: "Experiméntase cierta impresión edificante cuando al salir de la Casa de Dios se descubren los esplendores de la creación: es un comentario de la oración apénas terminada; y el alma purificada se halla entónces en la disposición más feliz para recibir aquellas impresiones llenas de consuelo y esperanza." Pues bien: ese enlace que á Maximiliano, Emperador de México, se habia hecho sensible entre el temple de alma adquirido en la fragua de la oración bajo las bóvedas del Santuario, y la aprehensión de las cosas del mundo exterior, es el mismo que se hace sentir entre todo acto religioso cristiano y la vida que le sigue: la oración antecedente endereza la acción subsiguiente; de manera que ésta se convierte en el comentario de aquella, en su desarrollo y ampliación.

Y así, el prolongado hábito de una oración continua, afectuosa, dolorosa, tal vez, que se sostiene durante una larga peregrinación, imprime su sello aún en el continente exterior del individuo, que se hace ostensible en acciones graves, edificantes y de larga trascendencia. Esto explica por qué muchos peregrinos al volver á su patria después de una dilatada excursión, iban á terminar sus días en las oscuridades de un claustro, á ocultar su arrepentimiento en las soledades de una selva, ó á emplear el resto de su vida en obras tales que fueran la difusión del fuego de la caridad que habian atesorado en su alma. Eso explica el espíritu con que en algunas partes fueron erigidos Cementerios cuyo suelo se formaba con tierra acarreada por los peregrinos del Campo del Alfarero, ó del Valle de Josafat. Se queria dormir el sueño largo bajo la tierra que hubiera bebido tantas lágrimas; en que se hubieran recogido tantos consuelos; en que se hubiera afianzado la esperanza de la eternidad..... Se queria que la vida y la muerte fueran el *comentario* de la plegaria del peregrino.

No es necesario esfuerzo de imaginación para concebir los santos propósitos y las obras buenas á que tales sentimientos darian lugar. Entre los nombres de peregrinos ilustres de todos los siglos que la Historia nos ha conservado, figuran muchos que de regreso á sus hogares edificaron templos, fundaron monasterios, dotaron hospicios y hospitales y ejercieron multitud de obras de misericordia y caridad. Esas obras, grandiosas, como fueron ilustres los que las acometieron, hacen formar juicio sobre el número incalculable de obras santas que han debido llevar á cabo tantos millones de peregrinos pobres, cuyos nombres sólo han encontrado lugar en los registros del cielo. Porque las obras buenas de los humildes no son avaloradas por lo que representan en la humana estimación, sino por la buena voluntad que las produce: son el óbolo de la viuda, que de su misma pobreza dió lo que tenía, y necesitaba para su sustento. Y si un peregrino mendicante, en resultado de la devota excursión no realiza más que la reforma de su vida y costumbres, edificando su alma, hace una obra más grande que la edificación de un templo, y la fundación de un monasterio y la erección de un hospital.

Y ese solo hecho de la santificación individual, puede ser causa de la santificación de muchos; porque no hay apostolado tan eficaz como el del ejemplo. La virtud cristiana despide de sí misma un perfume que, embalsamando la atmósfera del individuo virtuoso, entona y vivifica á todos los que la respiran. La virtud del cristiano, fecundada por la gracia divina, tiene una fuerza de expansión que la hace invadirlo y conquistarlo todo: á diferencia de la decantada virtud del antiguo estóico que, careciendo del espíritu de vida que sólo da la gracia, y henchida de presunción y orgullo, más bien que atractiva, era repulsiva y chocante.

El que haya pensado alguna vez en lo que ha valido ante Dios y á favor del mundo la sangre de doce millones de mártires, con que ha sido amasado el cemento del edificio cristiano, se habrá quedado abismado sin poder penetrar en el fondo de ese Océano de caridad, ni dominar esa inmensurables montaña de fe. Cosa semejante nos sucede, cuando meditamos en lo que hayan pesado en la balanza de la religión y de la moralidad cristiana las penalidades, las plegarias, las lágrimas y los santos propósitos de tantos millones de peregrinos que han encaminado sus pasos por las sendas de la devocion y de la penitencia. Y aun más difícil de ponderar encontramos la importancia general que hayan tenido en el mundo esos millones de santificaciones individuales. Pero esto nos conduce á tratar la materia bajo otra relación.

DESDE MI RETIRO

EL DRAMA DE QUERÉTARO.

I

Ha vuelto á ponerse en tela de juicio este interesante asunto histórico, del cual los liberales están empeñados en sacar partido, no obstante las terminantes declaraciones de algunos de sus correligionarios, en que se ha visto hasta la evidencia que los laureles del vencedor de Querétaro fueron de oropel. Pero el honor (?) liberal está comprometido y preciso es que lo blanco sea negro; de lo contrario, ¿qué quedará de esos oropeles que en nada se asemejan á las coronas de encina que ceñían las sienes de los guerreros romanos?

Lo que es muy curioso, y no solo curioso, sino altamente significativo, es que los dos periódicos más vulgares y que más se distinguen por sus ataques á todo lo que es noble, verídico, caballeroso y bueno, sean los que han tomado el mayor empeño en defender á D. Miguel López, y en denigrar al infortunado martir de las Campanas. Esto se comprende, pues *hay deudas que se niegan porque se tiene incapacidad de satisfacerlas*, y las de nobleza y caballerosidad son de esta clase.

Impórtanos un bledo que los tales periódicos traten de desfigurar los hechos, cuando la verdad se sobrepone y cuando cada paso que han dado en el terreno resbaladizo de esta cuestión histórica, ha sido para ponerse en el más completo ridículo. Dejemos, pues, á un lado las pobrísimas apreciaciones de aquellos periódicos que de hecho nadie las tiene en consideración, y comentemos lo último que se ha dicho acerca de la entrega de Querétaro.

Hase querido, después de inmolar á la víctima, infamar su memoria, y cuando todas las pruebas de la traición pesan sobre D. Miguel López, quiérese cambiar los papeles y que este aparezca inmaculado y Maximiliano traidor. ¡Oh! las intrigas liberales son de un éxito asombroso; todo el mundo las cree á pie juntillas, y como encierran en sí una lógica tan profunda, diez millones de ciudadanos se inclinan ante una carta apócrifa y ante las incontrovertibles verdades del *Diario del Hogar* y socios.

La carta que se atribuye al desdichado Emperador está suficientemente combatida para que insistamos en el comentario que de ella hemos hecho; pero preciso es analizar lo que pueda haber de verdad en todo ello.

Supongamos sin conceder que Maximiliano pidiera alguna gracia al general Escobedo, pero en la cual estamos seguros que no comprometía su honor, y que esta gracia la hubiese pedido por conducto de D. Miguel López. Este hecho, dado el caso que así fuera, quizá comprometiera algo más de lo que se cree al supuesto vencedor de Queretaro, pues nada remoto sería que éste hubiera garantizado la vida de los jefes sitiados y después hubiere faltado á compromiso tan solemne. La manera con que se ha tratado de oscurecer este asunto, el silencio de veinte años, las reticencias del general Escobedo para dar á luz la verdad y las ambiguas respuestas que siempre ha dado, bastan para que el criterio más pobre vea sombras, allí donde ya se ha hecho la luz. Por otra parte; volvamos á suponer, sin conceder tampoco, que López hubiese tratado con el general sitiador alguna capitulación honrosa ú otro desenlace que no comprometiera en nada la dignidad y honor militar de los sitiados; López no lo hizo así, sino que traicionó, vendió la plaza, y si se le ofreció salvar la vida al Emperador, el general Escobedo faltó á los deberes de lealtad, y pesando este hecho en su conciencia ha callado esta mancha que afea su alta graduación en el ejército.

No se necesita ser un gran político para hacer estos comentarios; el sentido común basta para adivinar la intriga á través de tanta vacilación, de tanta reticencia de empeño tal en desvirtuar los hechos.

La traición se consumó; esta es una verdad fuera de toda duda. Decir lo contrario es tanto como hacerse cómplice de un crimen. Queda, pues, por averiguar qué otras circunstancias agravantes rodean el crimen, y ya comienzan á aparecer; la carta *fotografiada* atribuida al Emperador viene á ser el centinela avanzado de un nuevo combate de bajas intrigas.

***

Escrito lo que antecede, hemos leido la carta dirigida al *Nacional* acerca de la susodicha carta por el Sr. Dr. Kaska; primero y terrible golpe á la mala fe liberalesca.

El Sr. Kaska tiene razón; el documento es apócrifo no solo por la letra sino por el estilo, y á las razones de muchísimo peso que expone para demostrarlo, vamos nosotros á agregar algunas que aunque humildes, dan fuerza á la afirmación del Sr. Kaska, y son hijas del conocimiento que alguna vez hemos tenido respecto á fórmulas de córte.

Nadie podrá negar que el Emperador estaba educado con el esmero que correspondía á su elevada clase, que estaba acostumbrado desde niño á la rigurosa etiqueta que se observa para todo entre los reyes, y poseia, además, una instrucción nada común y un talento claro y cultivado de que dió muestras constantes é inequívocas. Pues bien, en la carta que se le supone, no solo se nota la vulgaridad, sino que hasta se le hace aparecer tan torpe que no conociera ni el estilo epistolar con que debe escribirse una carta en que están destrozadas hasta las más triviales reglas del lenguaje.

Comienza la carta en estilo enteramente familiar con estas palabras "A mi querido coronel López," y despues olvidando esa familiaridad dice con el caracter de soberano. "*Nos, os* recomendamos" etc. el hablista más ramplón nota desde luego la torpeza con que han procedido los que han escrito la carta y se atreven á decir que es autógrafa del Emperador. Falsedad tan grosera solo merece el desprecio, pero es necesario abrumar á los calumniodores y que la memoria de la ilustre víctima no sea manchada con el aliento de la infamia y de la bajeza.

Vamos á presentar una prueba del estilo epistolar que usaba el Emperador Maximiliano y que afirma más y más las aseveraciones del Sr. Kaska. Rogamos á nuestros lectores se figen en el siguiente documento, dirigido al mariscal Bazaine con motivo del decreto del 3 de Octubre, para que vean cuánta diferencia hay entre el estilo de este, y el del otro que se supone dirigido á López; con la circunstancia de que el primero se dirigia á un Mariscal, mientras que el segundo era á un simple coronel, distinguido, es cierto, pero nada más que un coronel.

"Hacienda de Zoquiápam, 21 de Octubre de 1866, por la noche.

"Mi querido Mariscal:

"Mañana me propongo por la noche remitiros los documentos necesarios para poner término á la violenta situación en que se encuentra no solamente mi persona, sino tambien todo México. Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el dia en que yo os lo indique por el telégrafo.

"Tres cosas me preocupan, y quiero de una vez desprenderme de la responsabilidad que tengo por ellas.

"La primera es: que cesen las córtes marciales de intervenir en los delitos políticos.

"La segunda: que quede de hecho revocada la ley de 3 de Octubre.

"La tercera: que por ningún motivo haya persecuciones políticas, y que cesen toda clase de hostilidades.

"Deseo llameis á los ministros Lares, Marín y Tabera, á fin de conocer las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, sin necesidad de que se trasluzcan mis intenciones expresadas en el primer párrafo.

"No dudo que agregaréis esta nueva prueba de verdadera amistad á las muchas que ya me habeis dado, y por ello os anticipo sentimientos de gratitud, renovándoos las seguridades de consideración y amistad con que soy vuestro afectísimo.—*Maximiliano.*"

Basta leer el anterior documento en que para nada usa el Emperador el *Nos* auroritativo de la soberanía, para tachar de apócrifa la carta á López.

Pero para mayor seguridad, puede todo el mundo consultar la colección del *Diario del Imperio*, y solo en los Decretos y documentos puramente oficiales encontrará el *Nos*; pero en sus cartas á todos los ministros y en su correspondencia general hallará siempre el estilo familiar de que es una prueba la carta que hemos copiado.

Empero basta ya de inutiles declamaciones de los empeñados en ocultar la traición del ingrato protegido de Maximiliano: mientras la carta del general Arce no sea refutada victoriosamente, el estigma no se borrará de la frente culpable que lo lleva grabado hace veinte años.

ALBERTO PÉREZ MENDOZA.

Buenavista, Agosto 29 de 1887.

TELEGRAMAS

Despachos para "La Voz de México."

Sofía, Setiembre 2.—El príncipe Fernando presidió hoy un consejo para considerar la notificación oficial de la Sublime Puerta, que el sultán había ratificado el protocolo de Rusia para enviar al general Ernethon, del ejército ruso, á Bulgaria, con una misión especial.

Se cree que mañana anunciará M. Stamuloff la formación de un gabinete definitivo.

Londres, 2.—Un telegrama de Teherán, Persia, anuncia que Ayoub Khan no ha logrado aún salir del país, y que se encuentra en Persia buscando medios para entrar en el Afghanistán.

Se registraron hoy correspondientes á las últimas veinticuatro horas en Malta, cuatro casos nuevos y tres defunciones del cólera.

El honorable Stephen H. Northeote, inspector general de parque y fábrica de armas del gobierno inglés para todas las armas, ha presentado hoy su renuncia, debido á la intervención del ministerio de Guerra en su departamento, de una manera que afectaba hasta la organización de su departamento. El márqués de Salisbury permanecerá en su casa de campo Chalet Creil hasta fin del otoño, ocupado en restablecer su salud, y dice que para nada intervendrá en la política, ni en el interior ni en el exterior del país, hasta que vuelva á Inglaterra.

El Sr. Joseph Chamberlain, jefe de la comisión inglesa para arreglar la cuestión de las pescaderías en América, no saldrá de Europa hasta mediados del mes de Noviembre, pero antes pronunciará un discurso delante de una gran reunión del partido unionista.

El Standard ha recibido un telegrama de su corresponsal en Sofía, avisando que el gobierno de Bulgaria ha resuelto no recibir ni reconocer al enviado especial de Rusia, el general Ernethon, y en caso de necesidad se opondrá el gobierno con fuerza armada, á su entrada al territorio de Bulgaria.

Se teme que esto sea la señal para un conflicto si Rusia persiste en su propósito.

Nueva York, 2.—La compañía del cable comercial ha dado hoy á luz una circular, anunciando una rebaja en los precios del cable, comenzando desde el día 15 del presente mes, cuando se cobrará doce centavos por palabra para la trasmisión de mensajes trasatlánticos.

París, 2.—El duque de Campobelice, que se había casado hace poco con la hija del Sr. Singer, el bien conocido fabricante americano de máquinas de coser, murió hoy de enfermedad de corazón producida por el terror que le causó el temblor en Mentone.

París, 2.—*Le Siècle* anuncia la emisión de un nuevo empréstito para transformar la deuda flotante y las antiguas rentas del 4½ por ciento, en rentas del 3 por ciento, para poder proveer de recursos el presupuesto extraordinario de 1888.

Viena, 2.—Los periodos de la locura del rey Othón de Baviera se presentan con menos frecuencia que antes pues diariamente se va notando menos el parecido de la enfermedad á las del rey Luis y se teme que resultará fatal dentro de poco tiempo.

MISCELANEA

Docilidad edificante.—Calificanos el *Monitor* de pertinaces por nuestras observaciones á la carta del Sr. Rincón Gallardo; en cambio el periódico de Letrán nos tiene conmo-